

las madres sienten por sus hijos débiles, contrahechos ó desgraciados!

—Hijo mío, estás muy cansado, acuéstate — le dijo la baronesa conteniendo las lágrimas.

Una madre que no sabe todo lo que hace su hijo, lo cree todo perdido, sobre todo cuando esa madre ama tanto y es tan amada como Fanny. Por otra parte, es fácil que cualquiera otra madre hubiera temblado tanto como la señora de Guenic. La paciencia de veinte años podía quedar anulada en un momento. Calixto, aquella obra maestra humana de la educación noble, honrada y religiosa, podía ser destruida; la dicha de su vida, que tan bien preparada había sido, podía ser destruida en un momento por una mujer.

El día siguiente, Calixto durmió hasta el mediodía, y Marieta sirvió el almuerzo en la cama al niño mimado, cuyo sueño prohibió su madre que se turbase. Las reglas inflexibles y casi monásticas que regían las horas de las comidas cedían ante los caprichos del caballero; de modo que, cuando se quería arrancar á la señorita de Guenic su manojo de llaves para dar, fuera de las horas de la comida, alguna cosa que exigiese interminables explicaciones, no había más remedio de evitar éstas que diciéndole que se trataba de un capricho de Calixto. A eso de la una de la tarde, el barón, su mujer y la señorita estaban reunidos en la sala esperando las tres de la tarde, hora de la comida. La baronesa había vuelto á coger el *Cotidiano* y acababa su lectura á su marido, que siempre estaba más despabilado antes de las comidas. En el momento en que la señora de Guenic iba á acabar su lectura, oyó en el segundo piso el ruido de los pasos de su hijo, y dejó caer el periódico, diciendo:

—Calixto va, sin duda, á comer á Touches todavía, pues veo que acaba de vestirse.

—¡Cómo se divierte ese chico!—dijo la anciana, tomando el silbato de plata de su bolsillo y dando un silbido.

Marieta pasó por la torrecilla, y presentándose por la puerta de comunicación, que ocultaba una colgadura de seda semejante á la de las cortinas, dijo:

—¿Qué se les ofrece á ustedes?

—Nada, que el caballero come en Touches, y que suprima usted su plato.

—Pero ¡si aún no sabemos nada!...—dijo la irlandesa.

—Hermana mía, por su acento me parece adivinar que está usted enfadada—dijo la ciega.

—El señor Grimont acaba de saber cosas graves de la señorita de Touches, la cual, da un año á esta parte, ha cambiado mucho á nuestro querido Calixto.

—¿En qué?—preguntó el barón.

—En que lee toda clase de libros.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó el barón—he ahí por qué abandona la caza y el caballo.

—Además, esa joven tiene costumbres reprobables y un sobrenombre de hombre—repuso la señora de Guenic.

—Sí, vamos, un nombre de guerra—dijo el anciano.—Nosotros también teníamos el nuestro: yo me llamaba *el Intimidado*, el conde de Fontaine *Santiago el Grande*, y el marqués de Montaurán *el Mozo*. Yo era el amigo de *Fernando*, que, lo mismo que yo, no ha querido nunca someterse. ¡Oh! ¡qué tiempos aquellos! Se disparaba el fusil y se divertía uno de veras.

Este recuerdo de guerra, que reemplazaba á la inquietud paterna, entristeció momentáneamente á Fanny. La confianza del cura y la falta de confianza en el hijo habían quitado el sueño á la baronesa.

—Aunque el caballero estuviera enamorado de la señorita de Touches, ¿qué mal hay en ello?—dijo Marieta.—Esa señora es hermosa y tiene más de treinta mil ducados de renta.

—¿Qué estás diciendo, Marieta?—exclamó el anciano.—¡Un Guenic casarse con una Touches! Los Touches no eran aún escuderos nuestros en la época en que de Guesclín consideraba nuestra alianza como un insigne honor.

—Una joven que usa un nombre de hombre, Camilo Maupín—dijo la baronesa.

—Los Maupín son muy antiguos—dijo el anciano;—son de Normandía y llevan *gules con tres*...—y se detuvo.—Pero no puede ser á la vez Touches y Maupín.

—Se llama Maupín en el teatro.

—Una Touches no puede ser comedianta—dijo el anciano.—Fanny, si no la conociese á usted, la creería loca.

—Escribe comedias, libros—continuó la baronesa.

—¡Libros!—dijo el anciano con aire tan sorprendido como si le hubiesen hablado de un milagro.—He oído decir que la señorita Scudery y la señora de Sevigné habían es-

crito también, aparte de otras muchas cosas mejores; pero semejantes prodigios sólo tuvieron lugar gracias á Luis XIV y á su corte.

—Comerá usted en Touches, ¿verdad, señorito?—dijo Marieta á Calixto, que se presentó en este momento.

—Probablemente—respondió el joven.

Marieta no era curiosa; formaba ya parte de la familia, y se retiró sin intentar oír la pregunta que la señora de Guenic iba á dirigir á Calixto.

—¿Vuelves aún á Touches, Calixto mío?

Y recalcó mucho las palabras *Calixto mío*.

—Tengo entendido que la casa de Touches no es nada decente, que su dueña hace vida desarreglada y que acabará por corromper á nuestro Calixto. Camilo Maupín le ha hecho leer muchos libros, y esa joven ha tenido muchas aventuras. ¿Y usted sabía todo eso, mal hijo, y no ha dicho usted nada á sus ancianos padres?

—Es que el caballero posee una gran discreción, por ser esta una virtud habitual de nuestros antepasados—respondió el padre.

—Demasiado discreto—dijo la celosa irlandesa al ver que el rubor cubría la frente de su hijo.

—Mamá querida—dijo Calixto sentándose en la falda de la baronesa,—me parece que no es necesario que publique mis derrotas. La señorita de Touches, ó, si usted quiere, Camilo Maupín, rechazó mi amor hace diez y ocho meses, durante su última permanencia aquí, y se burló de mí, diciéndome que podía ser mi madre, que una mujer de cuarenta años que amaba á un menor cometía incesto, y que ella no se creía capaz de semejante depravación. En una palabra, que gastó conmigo mil bromas que acabaron por anonadarme, pues esa joven tiene tanta gracia como un ángel. Posteriormente, cuando me vió llorando como un niño, me consoló ofreciéndome su amistad de la manera más noble, pues tiene más corazón que talento, y es tan generosa como usted. En este momento, ella me considera como un hijo, y yo, al saber que ama á otro, me he resignado. No repita usted, pues, las calumnias que corren de boca en boca. Camilo es artista, tiene talento, y hace un género de vida excepcional, que no es posible que puedan juzgar los seres ordinarios.

—Hijo mío—dijo la religiosa Fanny,— nada puede dis-

pensar á una mujer de dejar de cumplir los preceptos religiosos. Abjurando de su sexo, esa joven falta á los deberes para con Dios y para con la sociedad. Una mujer peca ya en el mero hecho de ir al teatro; pero escribiendo las impiedades que repiten los autores y corriendo el mundo entero tan pronto con un enemigo del papa como con un músico, creemos, Calixto, que es imperdonable y que nadie podrá hacerme creer que esas acciones sean actos de fe, esperanza ó caridad. Dios nos da fortuna para obrar el bien; ¿en qué emplea ella la suya?

Calixto se levantó de pronto, miró á su madre y le dijo:

—Madre mía, soy amigo de Camilo, y no puedo oír hablar así de ella, pues por ella daría la vida.

—¡La vida!—dijo la baronesa mirando á su hijo con espanto.—Tu vida es nuestra y no tuya.

—Mi hermoso sobrino acaba de decir muchas cosas que yo no comprendo—exclamó con amabilidad la anciana ciega, volviéndose hacia él.

—¿Dónde las ha aprendido?—dijo la madre.—¿En Touches?

—Mamá querida, has de saber que esa señora me encontró ignorante como un aldeano.

—Pues ¿no sabías las cosas más esenciales, conociendo los deberes que nos impone la religión? ¡Ah! esa mujer acabará por destruir tus nobles y santas creencias.

La solterona se levantó, tendió solemnemente la mano hacia su hermano, que dormitaba, y dijo con voz que partía el corazón:

—Calixto, tu padre no ha abierto nunca libros, habla el bretón y combatió por su rey y por su Dios, sin evitar el peligro. Las gentes instruidas no obraron como él, y los nobles sabios abandonaron su patria. Conque aprende, si quieres, en este ejemplo.

Y dicho esto, se volvió á sentar y continuó haciendo media con la actividad que le comunicaba su emoción anterior.

Calixto quedó conmovido ante este discurso á la Foción.

—En fin, ángel mío, tengo el presentimiento de que esa casa te va á acarrear alguna desgracia—dijo la madre con voz alterada y derramando lágrimas.

—¿Quién hace llorar á Fanny?—exclamó el anciano, despertando asustado por el sonido de voz de su mujer, y mi-

rando á su hermana, á su hijo y á la baronesa.—¿Qué hay?

—Nada, amigo mío—respondió ésta.

—Mamá—dijo Calixto en voz baja al oído de su madre, —en este momento me es imposible explicarme; pero esta noche hablaremos. Cuando usted lo sepa todo, bendecirá á la señorita de Touches.

—¡Oh! A las madres no les gusta maldecir, y yo no maldeciría nunca á la mujer que amase bien á mi querido Calixto.

El joven dijo adiós á su anciano padre y salió, y el barón y su mujer se levantaron para verle atravesar el patio, abrir la puerta y desaparecer. La baronesa no continuó la lectura del periódico, porque estaba demasiado emocionada. En medio de aquella vida tan tranquila y tan plácida, la breve discusión que acababa de tener lugar equivalía á un gran disgusto en otra familia. Aunque la madre estaba tranquila, sin embargo su inquietud no se había disipado por completo. ¿Adónde iba á llevarles aquella amistad, que podía reclamar la vida de Calixto y ponerlo en peligro? ¿Cómo podía ocurrir que la baronesa bendijese á la señorita de Touches? Estas dos preguntas eran tan graves para aquella alma tan sencilla, como para un diplomático la revolución más furiosa. Camilo Maupín era una revolución en aquel hogar tranquilo y sosegado.

—Mucho temo que esa mujer nos lo eche á perder—dijo la baronesa cogiendo de nuevo el periódico.

—Fanny querida—dijo el anciano barón con aire avisado,—eres demasiado pura para concebir esas cosas. Según se dice, la señorita de Touches es negra como un cuervo, fuerte como un turco y tiene cuarenta años, y no creo que nuestro querido Calixto se haya dirigido á ella. Lo que hará es decirnos cuatro mentiras para ocultarnos su dicha. Déjale que se divierta con su primera aventura amorosa.

—Si fuese otra mujer...

—Querida Fanny, sea cual fuere esa mujer, no podrá ser ninguna santa, porque sino no recibiría á nuestro querido hijo.

La baronesa reanudó su lectura.

—Yo mismo iré á verla y te daré cuenta de todo—dijo el anciano.

Esta frase sólo puede tener sabor mediante el recuerdo.

Después de la biografía de Camilo Maupín, figuraos al anciano barón en plática con aquella ilustre mujer.

La ciudad de Gueranda, que hacía ya dos meses que veía á Calixto, su flor y su orgullo, yendo todos los días por la mañana ó por la tarde á Touches, pensaba que la señorita Felicidad de Touches estaba locamente enamorada de este joven y que empleaba con él malas artes. Más de una joven y más de una mujer se preguntaban qué privilegios podía poseer aquella mujer de edad, para ejercer sobre un ángel un imperio tan absoluto. Así es que, cuando Calixto atravesó la calle Mayor para salir por la puerta del Croisic, más de una mirada se fijó en él.

En este momento se hace necesario explicar los rumores que corrían acerca de la persona á quien iba á visitar Calixto. Estos rumores, aumentados por la chismografía bretona y envenenados por la ignorancia pública, habían llegado hasta el cura. El administrador de contribuciones, el de la aduana de San Nazario, el juez de paz y otras gentes instruidas de la comarca, no habían tranquilizado ciertamente al abate Grimont, contándole la extravagante vida de la mujer artista que se ocultaba bajo el nombre de Camilo Maupín. Es verdad que ésta no se comía aún á los niños crudos, no mataba esclavos como Cleopatra, ni arrojaba hombres al río como se acusa injustamente á la heroína de la torre de Nesle; pero, para el abate Grimont, aquella monstruosa criatura, que tenía algo de sirena y de ateo, formaba una combinación inmoral de mujer y de filósofo y faltaba á todas las leyes sociales inventadas para contener ó utilizar las debilidades del bello sexo.

Así como Clara Gazul es el pseudónimo femenino de un hombre de talento, y Jorge Sand es el pseudónimo masculino de una mujer de genio, Camilo Maupín fué la máscara bajo la cual se escondió durante mucho tiempo una joven encantadora y noble, una bretona llamada Felicidad de Touches, que era precisamente la mujer que causaba tan vivas inquietudes á la baronesa de Guenic y al buen cura de Gueranda. Esta familia no tiene parentesco alguno con los Touches de Turena, á los cuales pertenece el embajador del regente, más famoso hoy por su nombre literario que por sus talentos diplomáticos. Camilo Maupín, que es una de las mujeres célebres del siglo XIX, pasó mucho tiempo por un autor real, á causa de la virilidad de sus primeros es-

critos. Todo el mundo conoce hoy los dos volúmenes de piezas irrepresentables, publicados en 1822 y escritas á la manera de Shakspeare ó de Lope de Vega, las cuales causaron una especie de revolución literaria cuando la gran cuestión de los clásicos y de los románticos palpitaba en los periódicos, en los círculos y en la Academia. Después, Camilo Maupín escribió varias piezas de teatro y una novela, que no desmintieron el éxito obtenido con su primera publicación, que está hoy bastante olvidada. Explicar por qué serie de circunstancias se verificó la encarnación masculina de una joven, cómo Felicidad de Touches se hizo hombre y autor, y por qué, más afortunada que la señora de Staël, permaneció libre, y es así más excusable su celebridad, ¿no será satisfacer muchas curiosidades y justificar una de esas monstruosidades que se levantan sobre la humanidad cual monumentos y cuya gloria está favorecida por la escasez, ya que en veinte siglos apenas pueden contarse veinte grandes mujeres? Por esta razón, y aunque Felicidad de Touches sea aquí un personaje secundario, como que ejerce una gran influencia sobre Calixto y desempeña un papel en la historia literaria de nuestra época, nadie sentirá ver interrumpido el relato algo más tiempo del que permite la práctica moderna, ante esta eminente figura.

La señorita Felicidad de Touches quedó huérfana en 1793, librándose de este modo sus bienes de las confiscaciones que, sin duda, hubieran alcanzado á su padre ó á su hermano. El primero fué muerto el 10 de agosto, á la puerta del palacio, entre los defensores del rey, á cuya defensa le llamaba su grado de mayor de los guardias de la puerta. Su hermano, joven guardia del palacio, fué sacrificado en los Carmelitas. La señorita de Touches tenía dos años cuando su madre murió de pesar, algunos días después de esta segunda catástrofe. Al morir, la señora de Touches confió su hija á una hermana suya llamada señora de Faucombe, que era monja en Chelles, la cual se apresuró á conducir á la huérfana á Faucombe, tierra considerable situada cerca de Nantes, perteneciente á la señora de Touches, y donde la religiosa se estableció con tres hermanas de su convento. Durante los últimos días del Terror, el populacho de Nantes demolió el castillo é hizo prisioneras á las religiosas y á la señorita de Touches, acusadas calumniosamente de haber recibido emisarios de Pitt y de Cobourg. El 9 de

termidor fueron puestas en libertad. Dos de las hermanas abandonaron Francia, y la tercera confió la niña á su pariente más próximo, un tal señor de Faucombe, tío segundo materno de la niña, que habitaba en Nantes, y después fué á unirse á sus compañeras de destierro. El señor de Faucombe, anciano de sesenta años, se había casado con una joven á la cual había confiado el gobierno de sus negocios, ocupándose él únicamente de arqueología, que constituye una de esas pasiones, ó, mejor dicho, una de esas manías que ayudan á los ancianos á creerse vivos. La educación de su pupila quedó, pues, confiada completamente al azar. Poco vigilada por una mujer joven entregada á los placeres de la época imperial, Felicidad se educó sola como un muchacho, haciendo compañía al señor de Faucombe en su biblioteca y leyendo en ella lo que le agradaba. Esta joven conoció, pues, la vida en teoría, y si bien permaneció virgen, perdió en absoluto la inocencia de alma. Su inteligencia se formó en medio de las impurezas de la ciencia, y su corazón permaneció puro. Excitada por la pasión de la lectura y dotada de gran memoria, Felicidad adquirió muy pronto una instrucción sorprendente, y á los diez y ocho años tenía tantos conocimientos como los que deben tener hoy los jóvenes autores antes de ponerse á escribir. Aquellas prodigiosas lecturas contuvieron sus pasiones mucho mejor que la vida del convento, la cual suele excitar las maquinaciones de los jóvenes. Aquel cerebro lleno de conocimientos no digeridos ni clasificados dominaba á aquel joven corazón. Esta depravación de la inteligencia, que no perjudicó en nada á la castidad del cuerpo, hubiera asombrado á los filósofos ó á los observadores, si alguno en Nantes hubiera podido sospechar el valer de la señorita de Touches. Los resultados fueron contrarios á la causa. Felicidad no se sintió inclinada al mal; lo concebía todo con el pensamiento y se abstenía de la obra; encantaba al anciano Faucombe y le ayudaba en sus trabajos, y escribió tres de las obras del buen hidalgo, el cual las creyó suyas, siendo así ciega también su paternidad espiritual. Tan grandes trabajos, que no estaban en armonía con el crecimiento de la joven, produjeron su efecto, y Felicidad cayó enferma: su sangre estaba maleada y su pecho parecía amenazado de inflamación. Los médicos le prescribieron el ejercicio á caballo y las distracciones del mundo. Con este motivo, la señorita de Touches se convirtió en una

hábil amazona y se restableció en pocos meses. A los diez y ocho años, Felicidad apareció en el mundo, donde produjo tal sensación, que en Nantes nadie le daba más nombre que el de la hermosa señorita de Touches; pero las adoraciones que inspiró la encontraron insensible, toda vez que ella había acudido al mundo llevada de uno de esos sentimientos imperecederos en una mujer, sea cual fuere su superioridad. Picada por su tío y por sus primas, que se burlaron de sus trabajos y que la criticaron á causa de su aislamiento, suponiéndola incapaz de agradar, Felicidad había querido mostrarse coqueta y ligera, mujer, en una palabra; y como esperaba encontrar en aquella sociedad cambio de impresiones, de ideas y seducciones que armonizasen con la elevación de su inteligencia y la extensión de sus conocimientos, sufrió una gran decepción al oír las conversaciones vulgares y las estupideces propias de la galantería, llamándole, sobre todo, la atención el imperio de los militares, que era el elemento que privaba á la sazón. Como era natural, la joven había abandonado el estudio de las artes amenas, y al verse inferior en este terreno á algunas muñecas que tocaban el piano y cantaban romances, quiso ser música, y, encerrándose de nuevo en su profundo retiro, púsose á estudiar con obstinación bajo la dirección del mejor maestro de la ciudad. Como era rica, mandó venir á Steibelt para perfeccionarse, asombrando con esto á la ciudad entera, que comenta aún esta conducta verdaderamente regia. Las lecciones del maestro le costaron doce mil francos, llegando á ser, gracias á él, una música consumada. Más tarde, estudió en París la armonía y el contrapunto y compuso dos óperas que alcanzaron un gran éxito, sin que el público haya sabido nunca que eran suyas. Dichas óperas pertenecen, al parecer, á Conti, que es uno de los artistas más eminentes de nuestra época; pero esta circunstancia, que atañe á la historia de su corazón, se explicará más tarde. La vulgaridad de la sociedad de provincias le aburría de tal modo á Felicidad y tenía ésta en la imaginación ideas tan grandiosas, que abandonó los salones, después de haber reaparecido en ellos para eclipsar á las mujeres con el brillo de su belleza, gozar de su triunfo sobre los músicos y hacerse adorar por las mujeres de talento; pero, después de haber demostrado su poder á sus dos primas y de haber desesperado á dos amantes, volvió á sus libros, á su piano, á las obras de Beethoven y al anciano

Faucombe. En 1812, que alcanzó la edad de veintiún años, el arqueólogo le rindió cuentas de la tutela, pasando ella desde esta época á administrar su fortuna, compuesta de quince mil francos de renta que daban los Touches, patrimonio de su padre, de los doce mil francos que daban á la sazón las tierras de Faucombe, cuyas rentas aumentaron en un tercio al renovar los arriendos, y de un capital de trescientos mil francos economizado por su tutor. De la vida de provincias, Felicidad no sacó más que el conocimiento de lo que vale la fortuna y esa tendencia á la economía, que, sin duda, compensa la balanza haciendo contrapeso al movimiento ascensional de los capitales hacia París. La joven sacó los trescientos mil francos de la casa en que el arqueólogo los tenía colocados, y los invirtió en papel del Estado en el momento de los desastres de la retirada de Moscou, sacando así de ellos treinta mil francos de renta. Después de satisfechos todos sus gastos, la señorita de Touches podía ahorrar cincuenta mil francos anuales. A los veintiún años, una joven como Felicidad podía compararse á un hombre de treinta años. Sus conocimientos habían adquirido una enorme extensión, su costumbre de juzgarlo todo le permitía apreciar justamente los hombres, las artes, las cosas y la política. Desde este momento tuvo intención de dejar Nantes; pero el anciano Faucombe cayó enfermo de la enfermedad que lo llevó al sepulcro, y como Felicidad hacía las veces de mujer de este anciano, lo cuidó durante diez y ocho meses, con la abnegación de un ángel guardián, y habiéndole cerrado los ojos en el momento en que Napoleón luchaba con Europa sobre el cadáver de Francia, aplazó su marcha á París hasta el final de la lucha. Siendo, como era, realista, no hay para qué decir que asistió á la vuelta de los Borbones á París, siendo muy bien acogida allí por los Grandlieu, con los cuales estaba emparentada; pero habiendo sobrevenido las catástrofes del 20 de marzo, quedó todo suspenso para ella y pudo ver de cerca aquella última imagen del Imperio y admirar el gran ejército que acudió al campo de Marte como á un circo, para saludar á su César antes de ir á Waterloo. El alma grande y noble de Felicidad quedó admirada ante aquel magnífico espectáculo. Las emociones políticas, la magia de aquella pieza de teatro, en tres meses, que la historia ha denominado los Cien Días, la ocuparon y preservaron de toda pasión, en medio del desorden

que dispersó á la sociedad realista en que acababa de debutar. Los Grandlieu habían seguido á los Borbones á Gand, dejando su palacio á la señorita de Touches, y ésta, que no quería ocupar una posición subalterna, compró por ciento treinta mil francos uno de los palacios más hermosos de la calle de Montblanc, donde se instaló cuando los Borbones volvieron en 1815, y cuyo jardín solamente vale hoy dos millones. Acostumbrada á dirigir sus propios actos, Felicidad se familiarizó bien pronto con ese género de vida, que parece reservada exclusivamente á los hombres. En 1816 tenía veinticinco años, ignoraba lo que era el matrimonio, no lo concebía más que con el pensamiento, lo juzgaba por sus causas en lugar de mirarlo por sus efectos, y sólo veía en él inconvenientes. Su espíritu superior se resistía á esa abdicación con que la mujer casada empieza la vida, y comprendía perfectamente el valor de la independencia, sintiendo despego por los goces de la maternidad. Se hace necesario dar estos detalles para justificar las anomalías que distinguen á Camilo Maupín. No conoció padre ni madre; fué dueña de sus actos desde la infancia; su tutor fué un anciano arqueólogo; la casualidad la llevó al campo de la ciencia y de la imaginación, al mundo literario, en lugar de mantenerla en el círculo trazado por la educación fútil dada á las mujeres, por las enseñanzas maternas acerca del tocado, de la decencia hipócrita y de las gracias tentadoras del sexo. Así es que mucho tiempo antes de que la señorita de Touches se hubiese hecho célebre, se veía ya al primer vistazo que no había jugado á muñecas. A fines del año 1817, Felicidad de Touches vió, no ajaduras, pero sí un principio de cansancio en su persona; comprendió que su belleza iba á alterarse á causa de su obstinado celibato, y como quería permanecer hermosa, acudió á la ciencia, la cual le notificó la sentencia dictada contra sus creaciones, las cuales lo mismo perecen por la abstinencia absoluta de sus leyes que por el abuso. El rostro macerado de su tío se le representó y la hizo temblar. Colocada entre el matrimonio y la pasión, optó por ser libre, aunque no se mostró indiferente á los homenajes de que era objeto. En el momento en que empieza esta historia, no había variado apenas; estaba casi lo mismo que en 1817, habiendo pasado diez y ocho años por ella sin dejar huellas. Así es que describirla en 1836 equivale á representarla tal como era en 1817. Las mujeres que conocen

las condiciones de temperamento y de belleza que debe reunir una mujer para resistir los efectos del tiempo, comprenderán cómo y por qué Felicidad de Touches gozaba de tan gran privilegio, estudiando un retrato para el cual están reservados los tonos más brillantes de la paleta y el marco más rico.

Bretaña, país vecino á Inglaterra y cuyas condiciones atmosféricas difieren tan poco de las de ésta, ofrece el singular problema del predominio de la cabellera y ojos negros y tez morena de sus naturales. ¿Depende la resolución de este problema de la gran cuestión de las razas, ó de influencias físicas desconocidas? Acaso llegue un día en que los sabios encuentren la causa de esta rareza, que cesa en la provincia de Normandía, inmediata á aquélla; pero hasta entonces, lo único que podemos afirmar es que la solución de continuidad existe allí: los rubios son muy raros en Bretaña, cuyos naturales tienen los ojos negros y vivos de los meridionales; pero en lugar de ofrecer la elevada estatura y las líneas serpentina de las italianas y de las españolas, las bretonas son generalmente pequeñas, bien formadas y fuertes, excepción hecha de la clase elevada, que, gracias á las alianzas aristocráticas, suele cruzarse con individuos de otras provincias. La señorita de Touches, como verdadera bretona de raza, es de estatura pequeña, pues no levanta cinco pies, aunque no falta quien diga lo contrario, viniendo este error del carácter especial de su figura, que la hace parecer más alta de lo que es; tiene esa tez aceitunada á la luz del día y blanca á la luz de la noche, que distingue á las hermosas italianas: si la vierais, diríais que es de marfil animado. La luz se desliza sobre su piel como sobre un cuerpo pulido, comunicándole un gran brillo, y para que puedan verse en sus mejillas algunas rubicundeces, es necesario que esté poseída de una gran emoción, aunque hemos de advertir que desaparecen en seguida. Esta particularidad comunica á su rostro una impasibilidad salvaje. Aquel rostro, más largo que oval, se parece al de alguna hermosa lsis de los bajo relieves, y su pureza semeja á la de las cabezas de esfinge, pulidas por el fuego de los desiertos y acariciadas por la llama del sol egipcio. Así es que el color de su tez está en armonía con la corrección de su cabeza. Los cabellos, negros y abundantes, descienden en mechones á lo largo del cuello, peinados con raya al medio, como los

de las estatuas de Menfis, y contribuyendo de un modo admirable á aumentar la severidad general de la forma. La frente es bombeada, espaciosa, dilatada por las sienes y de corte semejante al de Diana la cazadora; en una palabra, una frente altiva y poderosa, silenciosa y tranquila. El arco de las cejas, que se dibujan vigorosamente, se ciernen sobre dos ojos cuyo brillo centellea á veces como el de una estrella fija. El blanco del ojo no es ni azulado ni blanco puro, ni está sembrado de filamentos rojos, y tiene la consistencia del cuerno, si bien sus tonos son animados y vigorosos. La pupila está rodeada de un círculo anaranjado, de manera que parece de bronce rodeada de oro, pero de oro animado. Aquella pupila tiene una gran profundidad y no está cubierta, como la de ciertos ojos, por una especie de telilla que rechaza la luz y les hace parecer á los ojos de los gatos y de los tigres; ni posee tampoco esa inflexibilidad terrible, que hace estremecerse á las gentes sensibles; sino que su profundidad posee su infinito, lo mismo que el brillo de ciertos ojos posee su absoluto. La mirada del observador puede perderse en aquella alma, que se concentra y se retira con tanta rapidez como surge de aquellos aterciopelados ojos. En un momento de pasión, las miradas de Camilo Maupin son sublimes: el oro de sus ojos ilumina el blanco de los mismos y todo brilla; pero en momentos de calma sus miradas son frías, el embotamiento de la meditación les comunica cierta apariencia de alelamiento, y, como es natural, cuando la luz del alma falta en ellos, las líneas del rostro se entristecen también. Las pestañas son cortas, pero tupidas y negras como colas de armiño. Sus párpados son morenos y están plagados de fibrillas rojas que les comunican á la vez gracia y fuerza, dos cualidades éstas que es muy difícil que lleguen á reunirlas la mujer. En el cerco de los ojos no se ve arruga ni adadura alguna. En este detalle podéis encontrar aún á esta mujer cierta semejanza con el granito de la estatua egipcia suavizado por el tiempo. La prominencia de los pómulos, aunque no muy grande, es, sin embargo, mayor que la de las otras mujeres y completa la expresión de fuerza que denota su rostro. La nariz, delgada y recta, está provista de fosas oblicuas bastante dilatadas para permitir ver el color rosáceo de su delicado interior. Esta nariz es una perfecta continuación de la frente, á la cual se une mediante una deliciosa línea, y es perfectamente blanca lo mismo por

su nacimiento que por la punta, la cual está dotada de una especie de movilidad que hace verdaderas maravillas en los momentos en que Camilo se indigna y se enfurece. Como observó Talma, en este órgano es donde se pinta la cólera ó la ironía de las grandes almas, pues la inmovilidad de las fosas acusa una especie de sequedad; por eso no veréis nunca vacilar la nariz de un avaro, la cual permanece cerrada lo mismo que la boca y las demás partes de su rostro. La boca de Felicidad de Touches, arqueada por la comisura, es de un rojo vivo, y la sangre abunda en ella, comunicándole ese minio animado y pensador que hace tan seductora aquella boca, y que puede tranquilizar al amante á quien asustase la gravedad majestuosa del rostro. El labio superior es delgado, y el surco que lo une á la nariz llega bastante abajo, lo cual comunica una expresión particular á su desdén. Camilo necesita hacer muy poco para expresar su cólera. Este bonito labio está limitado por el ancho margen rojo del labio inferior, que denota en su dueña infinita vanidad y amor. La barba es un poco gruesa; denota resolución y termina perfectamente aquel perfil, si no divino, por lo menos real. Es preciso advertir aquí que la parte inferior de la nariz está ligeramente esfumada por un poco de bozo lleno de gracia. La naturaleza hubiera cometido una falta si no hubiera hecho brotar allí aquella ligera obscuridad. El pabellón de sus orejas posee delicadas volutas, signo de ocultas delicadezas. Su busto es ancho, su cintura delgada y sus caderas poco salientes, pero graciosas. El nacimiento de su trasero es magnífico, y recuerda más bien á *Baco*, que á la *Venus Calípiga*, y en él se ve el matiz que separa de su sexo á casi todas las mujeres célebres, las cuales ofrecen en esto cierta semejanza con el hombre, y carecen de la flexibilidad y del abandono de las mujeres destinadas á la maternidad. Esta observación es bilateral y tiene su contrapartida en los hombres cuyas caderas son casi semejantes á las de las mujeres, cuando los tales hombres son astutos, sagaces, falsos y cobardes. El cuello de Camilo, en lugar de hundirse por la nuca, forma un dilatado contorno que une los hombros á la cabeza, sin sinuosidades, siendo este el carácter más evidente de la fuerza. Aquel cuello ofrece á intervalos posturas de magnificencia verdaderamente atlética. Los hombros, admirablemente contorneados, parecen pertenecer á una mujer colosal. Los brazos están vigorosamente modelados y ter-

minados por muñecas de delicadeza inglesa y por manos pequeñas, llenas de hoyuelos, gordas y provistas de uñas rosáceas cortadas en forma de almendra, y de una blancura que anuncia que aquel cuerpo tan robusto y tan bien constituido posee un color completamente distinto de el del rostro. La actitud serena y fría de aquella cabeza está suavizada por la amabilidad de los labios, por su variable expresión y por el artístico movimiento de las fosas nasales. Sin embargo, á pesar de estas promesas irritantes, la calma de aquella fisonomía tiene algo de provocativo. Aquel rostro, más melancólico y serio que gracioso, acusa siempre la tristeza debida á la constante meditación, siendo esta la causa por la que la señorita de Touches escucha más que habla, y asusta con su silencio y con su mirada dotada de profunda fijeza. De las personas verdaderamente instruidas, ninguna ha podido verla sin pensar en la verdadera Cleopatra, en aquella morenita que estuvo á punto de cambiar la faz del mundo; pero en Camilo la parte física es tan acabada y de naturaleza tan leonina, que un hombre un tanto turco lamenta la unión ó el conjunto de un espíritu tan grande con un cuerpo semejante, y desearía encontrar en ello solamente á la mujer. Todo el mundo teme que á su saber vayan unidas las extrañas corrupciones de un alma diabólica. La frialdad del análisis, lo positivo de la idea, ¿no iluminan sus pasiones? ¿No juzga aquella joven, en lugar de sentir? ó ¿fenómeno más terrible aún! ¿no juzga y siente á la par? Pudiéndolo todo con su cerebro, ¿se detendrá donde se detienen las demás mujeres? ¿No debilitará su corazón aquella fuerza intelectual? ¿Tendrá gracia? ¿Será afable? ¿Descenderá á las conmovedoras insignificancias con que las mujeres ocupan, divierten é interesan al hombre amado? ¿No destruirá ciertos sentimientos cuando éstos no respondan al infinito que ella abraza y contempla? ¿Quién puede colmar los dos abismos de sus ojos? Se teme encontrar en ella un no sé qué de salvaje é indomable. La mujer fuerte no debe ser más que un símbolo, porque vista en la realidad asusta. Camilo Maupín se parece un poco á aquella Isis de Schiller, escondida en el fondo del templo, á cuyos pies encontraban los sacerdotes expirando á los atrevidos gladiadores que la habían consultado. Las aventuras que el mundo tenía por ciertas, y que Camilo no desmentía, confirman las preguntas que sugiere su presencia. Pero ¿ama ella acaso la calumnia?

La naturaleza de su belleza no ha dejado de influir en su renombre, lo mismo que su fortuna y su posición. Cuando un escultor quiera hacer una estatua admirable de Breñaña, no tiene más que copiar á la señorita de Touches. Aquel temperamento sanguíneo y bilioso es el único que puede rechazar la acción del tiempo. La pulpa alimentada incessantemente por aquella piel lustrosa es la única arma que la naturaleza ha dado á las mujeres para resistir á las arrugas, á cuya ausencia contribuía también, por otra parte, en Camilo, la impasibilidad de su rostro.

En 1817, esta encantadora joven abrió su casa á los artistas, á los autores de renombre, á los sabios y á los publicistas, por los cuales sentía gran simpatía, y tuvo un salón semejante al del barón Gerard, salón donde la aristocracia se mezclaba con las gentes ilustres y adonde acudía lo más selecto de la sociedad parisiense. La parentela de la señorita de Touches y su fortuna, aumentada con la herencia de su tía la monja, la protegieron en la empresa, tan difícil en París, de crearse una sociedad. Su independencia fué una de las razones de su éxito. Muchas madres ambiciosas concibieron la esperanza de casarla con alguno de sus hijos cuya fortuna no estaba en armonía con la vetustez de su nobleza. Algunos pares de Francia, engolosinados con los ochenta mil francos de renta y seducidos por aquella casa montada admirablemente, llevaron allí á sus parientes más rebeldes y difíciles para el matrimonio. El mundo diplomático, que busca siempre las diversiones del espíritu, se complació también en acudir á su casa, y la señorita de Touches, rodeada de tantos ambiciosos, pudo estudiar perfectamente las diferentes comedias que la ambición y la avaricia hacen desempeñar á los hombres, aunque pertenezcan á las clases más elevadas. Siendo aún muy joven, vió, pues, el mundo tal como es, y fué bastante afortunada para no sentir en sus primeros años ese gran amor que brota del espíritu y de las facultades de la mujer y que la impiden juzgar imparcialmente. Regla general, la mujer siente, goza y juzga sucesivamente, y de ahí sus tres edades distintas de las cuales la última coincide con la triste época de la vejez. Para la señorita de Touches, este orden fué invertido. La juventud estuvo rodeada de las nieves de la ciencia y de las frialdades de la reflexión, sirviendo, sin duda, esta transposición para explicar la extravagancia de su vida y la naturaleza de su